



viernes 23 de enero de 2004

Opinión - La tercera

EN EL LIMBO DE BOMBAY

Por VALENTÍ PUIG

LA generación que tutela la izquierda mundial creyó en mayo de 1968 que la última vía y la única esperanza para la humanidad era que la imaginación tomase el poder. Esa generación venía después de la que había practicado durante varios veranos el colectivismo en un «kibbutz» y sólo tangencialmente había pasado por la fiebre de la autogestión a la yugoslava. Procedían de las utopías, hoy suplantadas en parte por la biotecnología y la virtualidad. Habían interlineado sus sueños en los manifiestos del situacionismo y del paraíso verde. Hoy gestionan como pueden cuando gobiernan, a veces se mesan las sienes plateadas invocando lo que fueron y sobrecargan su sistema cardiovascular pensando en lo que son. Por una parte, no sin cierto cinismo nostálgico, ya recelan de la imaginación y por otra confían levemente en que Lula logre la cuadratura del círculo porque tiene carisma, aunque en el fondo saben que los perfiles carismáticos zozobran como cualquiera en los arrecifes del Fondo Monetario Internacional.

El Foro Social Mundial reunido este año en Bombay -capital financiera de la India- va mucho más hacia el exotismo y la ingenuidad arcádica, alejándose al galope de aquel eclecticismo de fórmulas políticas y fertilizaciones cruzadas que en algún instante pareció marcar los horizontes de Porto Alegre. Una cosa es la tasa Tobin y otra el energumenismo de José Bové. Las veladas de Bombay -según las crónicas- consisten en destrozar símbolos e iconos de la Coca-Cola y la Pepsi. Se diría una deslocalización de la catarsis, la globalización de toda la chatarra utopista. En el momento en que -según el «Financial Times»- el gobierno de la India pide a la Organización Mundial del Comercio la reiniciación de las negociaciones multilaterales de la ronda de Doha, el líder antiglobalista José Bové aparece en Bombay arremetiendo contra toda razón de ser del intercambio económico y del mercado global.

Como Martin Lutero King, Lula tuvo un sueño lo suficientemente dilatado como para dar con cinco propuestas: cambio, empleo, del sindicalismo al gobierno, pan para todos y multilateralidad. A los movimientos altermundiales reunidos en Bombay se les ha quedado corta y estrecha aquella túnica que Lula ofreció a los pueblos soberanos tanto en Porto Alegre como en Davos. Sus líderes regresan a la exigencia de imaginación al poder, al todo o nada, al poder de la transgresión sin más frente al sistema, a la penalización de la economía de mercado y al inmovilismo de faquir frente al crecimiento. Cualquier día, Lula y sus imitadores no tendrán otra salida que enfrentarse a lo que se está diciendo en Bombay porque en el Foro Social Mundial de este año no se está experimentando con soluciones: ha sido sintomática la toma del encuentro por una muchedumbre agitada de «intocables» de la India -pobreza y marginación quintaesenciadas por la casta-, para asombro de los participantes que llegan de macrociudades donde el contribuyente asume los costos de la protesta «okupa» y donde la cultura de la dependencia nutre con abundancia los

nuevos guetos.

Tiene que ser abrumador y alucinante el contraste entre la humanidad ancestral y afligida de los «intocables» con la realidad de una India que se quita de encima el polvo de los caminos gracias a la revolución informática. Décadas después de la rueda de Gandhi, la huella de Bill Gates ha alterado la dinámica económica de la India. A su Kim, Kipling hoy le tendría vigilando el gran juego por pantalla, vía satélite. Desde Bombay, Bové clama contra el colonialismo de los Estados Unidos, precisamente cuando la India es un caso de país que al alcanzar la independencia tuvo la ventaja de un legado británico de ley y orden, de orden jurídico para la libertad de mercado, que le iba a permitir llegar a lo que es hoy, gracias al comercio y al «chip», estación por hoy final para la relocalización de servicios de naturaleza tecnológica.

Crece la distancia entre los jóvenes que creen en Bombay y los líderes que creyeron en el mayo de 1968. En un margen de tanta indefinición acampa la multitud inconcreta, aún por cuantificar, de los jóvenes posthistóricos o postmodernos que -según dicen los sociólogos- representan una de las incógnitas electorales más notorias, en España y en toda Europa. Estuvieron en «Nunca Mais» y contra la intervención en Irak: moran en un espacio urbano que permite una relación extra-institucional con la sociedad en nombre de causas universales lo suficientemente alejadas de la realidad practicable como para antrincharse en la antipolítica. No es nada nuevo: los populismos pueden ser de derechas y de izquierdas, hasta el punto de que terminan siéndolo todo. Esa conexión entre las escenografías de Bombay y el mundo alternativo de nuestras ciudades está machacando las neuronas de los políticos que primero pidieron imaginación, en 1968, y ahora se conformarían con lograr más transparencia. Hoy rezan por la estabilidad del sistema financiero, creen en la fortaleza monetaria, venderían el alma por ver del todo aplacados los demonios de la inflación. Este año irán a Davos para conjurar los efectos del envejecimiento de las poblaciones en la crisis del sistema de pensiones y en el incremento de la deslocalización de industrias.

Para la generación que provenga de Bombay la solución estará en algún nuevo populismo, maniqueo y tal vez violento. Verán las políticas de Lula como una entrega incondicional a ese sistema que la mente diabólica de Bush junior ha urdido para que las mujeres afganas sean más libres pero más infelices porque deciden individualmente mientras que antes la comunidad atávica decidía por ellas. Bombay va a ser pronto la pesadilla de una nueva comunidad imposible, la danza postrera del ser tribal ataviado con los andrajos de mil culturas. La fascinación de esa danza pronto consistirá en un elemento más para los populismos europeos y va a tener su reflejo al sesgo en la evolución programática de las izquierdas.

Esos seis días de Bombay quizás transformen a Lula en un conspirador de Wall Street con barba cana y chaleco antibalas. La generación que había llegado de mayo de 1968 constituye a partir de ahora la superestructura represora de todas las ilusiones que Bombay habrá forjado al paso de un desfile de «intocables» que reclamaban un mejor trato para Sadam Husein. Si pensamos en las elecciones, en el limbo de Bombay a la izquierda posible le ha aparecido inoportunamente un sarpullido de populismo ultraizquierdista y altermundial. Felices tiempos para entretenerse en los tratos entre el euro y el dólar.